

CAPÍTULO XII.

1660—1688.

NUEVA-INGLATERRA DURANTE LOS REINADOS DE CARLOS II Y JACOBO II.

Restauracion de Carlos II.—Resolucion que adoptaron los colonos.—Declaracion de sus derechos.—Dificultades interiores, y pruebas á que se ven sujetos.—Decidese la mayoría á oponerse á la real supremacia.—Consecuencias de la Restauracion en Inglaterra.—Comision de Massachusetts.—Respuesta del rey.—Mision de Winthrop y Clarke, por Connecticut y Rhode-Island.—Carta ó cédula de Connecticut.—Sus bases.—Carta de Rhode-Island.—Tolerancia con arreglo á las leyes de Rhode-Island.—Contestacion de Massachusetts á las reclamaciones del rey.—Envianse comisionados.—Su proceder, y mal éxito de su comision.—Intimaciones del rey.—Cuáles eran probablemente sus intenciones.—Guerra de Philip.—Espantosos pormenores de ella.—Muerte de Philip.—Sus resultados.—Ajústase la paz.—Nuevo-Hampshire.—Randolph, recaudador de los reales derechos.—Declárase la confiscacion de la carta — Nómbrase gobernador á Andros.—Connecticut.—Salva éste su carta.—Revolucion de Inglaterra en 1688.

No miraban con poca ansiedad los colonos neo-ingleses los rápidos progresos de aquella revolucion de la madre patria, que produjo el restablecimiento de Carlos II en el trono de Inglaterra, y parece curiosa coincidencia que en el mismo buque que trajo la noticia á Boston, en julio de 1660, vinieran tambien los dos jueces regicidas Whalley y Goffe, que huian al nuevo mundo para sustraerse á la venganza del hijo de Carlos I. Estos personajes fueron bien recibidos por el gobernador Endicott, y durante algun tiempo vivieron libremente y sin disfraz alguno; pero habiéndose confirmado la noticia de su llegada con el arribo de nuevos pasajeros, el Consejo general elevó en diciembre del mismo año una representacion al rey, sincerándose de su conducta; solicitando la conservacion de sus fueros civiles y de su libertad en materia de religion, y disculpándose de las penas capitales impuestas á los cuáqueros. La respuesta del rey fué pronta y favorable; pero poco despues, á principios de 1661, llegó

una órden para arrestar á Whalley y Goffe: estos se habian retirado á Nuevo-Puerto, y por mas esfuerzos que se hicieron, nunca se pudo echarles mano, probablemente porque las autoridades no se propusieron en ningun tiempo entregarlos para que sufrieran su condena. Mas tarde, y con objeto de destruir el mal efecto que produjera esta conducta en el ánimo del monarca, condenaron los magistrados la *Republica Cristiana*, de Eliot, que habia sido redactada por indios convertidos, y publicada incautamente en Inglaterra, con lo cual el mismo Eliot se retractó de los principios antimonárquicos que contenia su libro.

En la lucha, á todas luces evidente, que se aproximaba, los caudillos de Nueva-Inglaterra conocian que, despues de la Providencia, debian confiar principalmente en sus propias fuerzas. La primera medida que adoptaron fué la de redactar y publicar una declaracion de lo que sostenian ser sus derechos. Definíanlos de este modo: «La facultad

de elegir á su propio gobernador, al teniente gobernador, á los magistrados y á los representantes; la de prescribir las condiciones para la admision de mayor número de hombres libres; la de nombrar empleados de todas clases, superiores é inferiores, con tales atribuciones y deberes que ellos les señalasen; la de ejercer, mediante los magistrados elegidos anualmente, y de sus tenientes ó delegados, toda clase de autoridad, legislativa, ejecutiva y judicial; la de defenderse ellos mismos, á mano armada, contra toda clase de agresion, y la de rechazar toda especie de intervencion, que pudieran juzgar perjudicial á la colonia.» Por último, despues de mas de un año de dilacion, fué proclamado solemnemente Carlos II; pero se prohibieron con el mayor rigor todas las demostraciones que en tales casos se acostumbra, bajo el pretesto ingenioso, ó mas bien original, de que tales regocijos eran contrarios á las órdenes que habia expedido el mismo rey.

Además de los enemigos de los colonos en Inglaterra, habia muchos que se oponian activamente á los gobernantes en la misma colonia. Los que abogaban por las disposiciones liberales, tales como los episcopistas, baptistas y otros, que estaban escludidos de tener participacion en el gobierno, habian aumentado grandemente, y estimulados por la situacion de los negocios públicos, reclamaban con urgencia cierta templanza en las injustas restricciones que les abrumaban, y aun entre los mismos teócratas libres andaba dividida la opinion. Estos últimos, en su mayor parte, se adherian á sus principios fundamentales; pero pareciéndoles á muchos de ellos que eran demasiado rigurosos, habian adoptado un «término medio,» con el cual los que se conformaban estrictamente con el culto establecido, pero sin declararse regenerados y seogidos, podian aspirar á las prerogativas

civiles de la comunidad eclesiástica. Tambien habia un gran número que consideraban como la política mas prudente doblegarse á la necesidad, y no arriesgarse á perderlo todo por rehusar una concesion racional y oportuna; pero la mayoría estaba inflexiblemente resuelta á mantenerse independiente de la supremacia inglesa, sucediera lo que sucediese. Para prevenir, sin embargo, en lo posible, la necesidad de recurrir á una resistencia armada, enviaron dos agentes de su confianza, Norton y Bradstreet, para que trataran, en cuanto les fuera dable, de entretener al ministerio inglés; pero con intruccion reservada para solicitar una intervencion favorable, y en el último apuro, declinar abiertamente su autoridad. No era esta ciertamente una mision que dejara de ser arriesgada bajo todos conceptos; pues cuando Norton y su colega llegaron á Inglaterra, se encontraron con que se habian operado varias é importantes mudanzas, muy propias para alarmar á los colonos neo-ingleses. Cansados de la inseguridad que ofrecian los negocios públicos en los últimos dias de la república, todas las clases se daban el parabien por la restauracion. Carlos lo prometió todo; pero olvidó pronto sus promesas. Reinaba además una reaccion general contra todos los partidos interesados en derrocar la monarquía, tendencia que robustecia la prerogativa del rey, al propio tiempo que apoyaba las medidas arbitrarias de sus consejeros. Cobraba de nuevo su ascendiente la iglesia anglicana: habíase adoptado el *Acto de Uniformidad*, viéndose por lo tanto compelidos á someterse los presbiterianos y los independientes. El partido realista satisfizo hasta el último extremo su sed de venganza: cuantos regicidas pudieron ser habidos, fueron ahorcados, arrastrados y desuartizados, y entre ellos Hugh Peters, padre político de

Winthrop el menor, que fué primitivamente ministro del culto en Salem. Empero una víctima mas ilustre, Sir Henry Vane, tardó poco en ser conducido al tajo. Aunque opuesto á la intolerancia de la teocracia de Massachusetts, se habia mostrado siempre firme y constante amigo de Nueva-Inglaterra, y por su influencia habia obtenido del Parlamento Largo una carta ó cédula para Rhode-Island. Cuando fué acusado de traicion, «no titubeó en declarar que era partidario de la gloriosa causa de la libertad popular, ni tampoco en sellar aquella declaracion con su sangre, y su conducta en el cadalso le granjeó la admiracion aun de sus mismos enemigos.»

La comision de Massachusetts no consiguó sino parcialmente el objeto que se proponia. Concediósele confirmacion de su carta, con una amnistia condicional para todos los delitos recientes; pero insistiendo firmemente el rey en la conservacion de su prerogativa, exigió la revocacion de todas las leyes derogatorias de su autoridad, la imposicion de un juramento de fidelidad y la administracion de la justicia en su propio nombre. Además de esto, requirió completa tolerancia para la iglesia anglicana, y la abrogacion de la ley que concedia únicamente á los eclesiásticos el privilegio de votar, otorgando además ciertas franquicias á todos los habitantes que poseyesen determinada hacienda. Por lo demás, correspondió á los deseos del Consejo de Massachusetts, pues le autorizaba para castigar á los pertinaces cuáqueros, del modo que le pareciera mas oportuno.

Connecticut y Rhode-Island se apresuraron, mucho antes que Massachusetts, á reconocer la autoridad de Carlos II, y Winthrop el menor y Clarke fueron enviados á Inglaterra, el uno por Connecticut, y el otro por Rhode-Island, para obtener las correspondientes cartas, llegando allá muy oportuna-

mente. Winthrop, como literato y hombre de elevada consideracion en la sociedad, pudo proporcionarse amigos influyentes que le favorecieron en la corte. Era poseedor de un anillo de gran precio, regalado á su abuelo por Carlos I, y en una audiencia que le concedió el rey, ofreciósele á su majestad, lo que, segun se dice, obró materialmente en el ánimo del monarca para predisponerle en su favor. En 23 de abril de 1662, alcanzó una patente con el gran sello, otorgándole los mas amplios privilegios, y confirmando á los hombres libres de la colonia de Connecticut, como asimismo á los que en ella se admitiesen despues, todas las tierras que fueron concedidas en un principio al conde de Warwick, y que traspasó éste al Lord Saye y Sele y sus asociados. Esta carta establecia en la colonia la forma de gobierno mas popular, y autorizaba la continuacion de la ley fundamental de Connecticut, por espacio de ciento cincuenta y ocho años. «Muy notable es, por cierto, dice un hábil escritor en la *Revista Norte-americana*, que aun cuando concedida en una época en que eran casi desconocidos los derechos del pueblo, mirándose muy poco por ellos, y mucho menos por parte de un soberano que regia los destinos de Inglaterra mas arbitrariamente que lo hicieran ninguno de sus predecesores, la forma de gobierno que se prescribia á Connecticut era muy popular, y colocaba mas inmediatamente el poder al alcance del pueblo, que la constitucion en la cual se ha cambiado deliberadamente aquella real cédula, en estos tiempos modernos de celos populares y de libertad republicana.» Hallábase incluida en la nueva carta de Connecticut la colonia de Nuevo-Puerto; pero los habitantes de éste se negaron durante algunos años á consentir en tal union, hasta que temiendo el nombramiento de un gober-

nador general, y que se les uniera á otra colonia con una carta menos favorable para su libertad, les indujo este recelo á dar su consentimiento, aunque con repugnancia.

Clarke, el agente mandado por Rhode Island, supo captarse el favor del primer ministro Lord Clarendon, y obtuvo con facilidad la ratificacion de la carta de su colonia. Ya dijimos anteriormente cómo se creó y fué aumentando este pequeño estado con los refugiados que trataban de sustraerse á la intolerancia de Massachusetts. La libertad de conciencia y de discusion, tras la larga prueba que de ella habian hecho, era cada vez mas preciosa para los ciudadanos. Habianse visto libres de las disputas teológicas y de las persecuciones sangrientas que tantas desventuras causaran en Massachusetts, y en su peticion á Carlos II hacian presente, «cuánto anhelaban con toda su alma ofrecer una prueba palpable, de que un estado civil puede subsistir el mas floreciente y sostenerse mejor gozando de plena libertad en las creencias religiosas.» Las condiciones generales de esta carta se diferenciaban muy poco de las que servian de base á la de Connecticut; pero contenian una prevencion especial, y era que «ninguna persona en dicha colonia pudiera ser molestada, castigada, inquietada ó puesta en juicio por cualquiera diferencia de opinion en materias religiosas, con tal que no perturbase la paz y tranquilidad pública, sino que todos y en cualquier tiempo pudieran gozar libremente de sus creencias en punto á religion, siempre que se condujeran pacíficamente y no abusasen de esta libertad para entregarse al desenfreno y á la profanacion, ni para injuriar ni perturbar al prójimo.» Como una parte considerable de las Plantaciones de Providencia se hallaba incluida en la carta de Connecticut, Clarke y Winthrop hicieron un convenio, mediante el

cual se fijó el Pawcatuck por límite entre las dos colonias. Este convenio, segun lo hace notar Mr. Hildreth, se hizo constar especialmente en la carta llamada de *Rhode Island y Plantaciones de Providencia*.

El fundador y el pueblo de Rhode Island, deseaban sinceramente completa libertad y tolerancia en materias religiosas. «¡Cuán difícil es, sin embargo, sostenerse á la altura de un principio, en presencia de las preocupaciones dominantes y de ejemplos diametralmente opuestos! Las leyes de Rhode Island, como al principio se imprimieron, con muchos años de posterioridad á su carta, excluyen terminantemente de sus privilegios de libertad á los católicos romanos, y á otras personas que no profesaran el cristianismo. Estas leyes sufrieron repetidas revisiones, é imposible fuera decir en la actualidad cuándo se introdujeron por primera vez esas restricciones, aunque no fué probablemente sino despues de la revolucion inglesa de 1688 (*).»

Mientras que Connecticut y Rhode Island parecian contentísimos con los privilegios que les otorgaban sus nuevas cartas, Massachusetts continuaba inquieto y poco dispuesto á la sumision. Su respuesta á la requisitoria del rey, ya mencionada, se redactó respetuosamente, pero en un lenguaje evasivo, cual puede verse por las siguientes líneas: «En cuanto á la revocacion de las leyes aquí establecidas desde los últimos cambios acaecidos en el gobierno, contrarias y derogatorias de la autoridad de su majestad, habiéndolas examinado con detencion, no hemos podido ver la tendencia que en ellas se señala. Respecto al juramento de fidelidad, estamos prontos á prestarlo con arreglo á la

(*) *Historia de los Estados Unidos*, por Hildreth, tom. I, pág. 450.

carta. Por lo que guarda relacion con la libertad de usar del devocionario comun, ninguno de nosotros ha manifestado desearla. Tocante á la administracion de los sacramentos, se ha sometido la cuestion al juicio de un sínodo, convocado en el órden debido, cuyo dictámen fué encomendado por nuestro último Consejo general á varias congregaciones, y esperamos obtener un resultado final que sea satisfactorio para todos.» A pesar de esto, como el rey continuase recibiendo nuevas y recientes quejas contra el gobierno de

Massachusetts, declaró su intencion **1664.** de mandar inmediatamente comisionados, con plenos poderes para indagar el estado de las cosas, y resolver respecto á las materias en litigio. Estos comisionados eran Nichols, Carr, Cartwright y Maverick, que arribaron á Boston hácia fines de julio, y se prepararon desde luego á emprender su tarea; pero fueron recibidos con frialdad glacial y firmísima oposicion. Los caudillos de Massachusetts estaban bien enterados de la grave importancia de la cuestion, y mientras que ni por un instante dejaron de deshacerse en profusas manifestaciones de lealtad, no por eso estaban muy dispuestos á tomar en consideracion las alegaciones de los comisionados. Estas alegaciones y las medidas cuya adopcion proponian, eran consideradas por los colonos como una violacion de sus *cartas*.

Celebraron su primera sesion los comisionados en Plymouth, donde transigieron muy pocos negocios: la siguiente tuvo lugar en Rhode-Island, donde oyeron las quejas de los indios y de todos los que estaban descontentos, y decretaron varias disposiciones respecto al derecho de propiedad, de las cuales apenas se hizo caso. En Massachusetts, accedió el Consejo general á algunas de sus peticiones que le parecieron justas; pero manifestando sincera lealtad al rey, negóse,

sin embargo, á reconocer la autoridad de sus comisionados, y protestó contra ella, oponiéndose á que la ejercieran en aquel territorio. A consecuencia de esta defensa de sus derechos, entablóse una correspondencia sumamente ágría y destemplada entre ambas partes, y á su conclusion, manifestaron los comisionados al Consejo general, que no querian perder mas tiempo trabajando inútilmente, y que se limitarían á dar parte á su majestad del comportamiento del Consejo. De Boston pasaron los comisionados á Nuevo-Hampshire, donde ejercieron varios actos de gobierno, y ofrecieron á sus habitantes relevarlos de la jurisdiccion de Massachusetts, ofrecimiento que fué unánimemente rechazado. En Maine promovieron mas alboroto, pues estimularon al pueblo á que se declarase independiente, hallando á muchos predispuestos á dar oídos á sus insinuaciones; pero Massachusetts, por un pronto y vigoroso alarde de fuerza, obligó á los desafectos á someterse á su autoridad.

Connecticut parece que fué la colonia favorita de los comisionados: tratóseles allí con sumo respeto, y fueron obedecidos sus mandatos. En compensacion, redactaron ellos una representacion al rey, encareciendo los méritos de aquellos habitantes, obteniendo del monarca una carta de agradecimiento, en la que decia: «Aunque vuestra conducta merece justamente nuestro elogio y aprobacion, se halla aun mas realzada por el comportamiento tan opuesto de la colonia de Massachusetts.»

Cesaron los comisionados en su encargo, por mandato del rey, en 1666. Empero, bajo el influjo de los desaires y disgustos que habian sufrido, dieron tales informes á su majestad, que espidió una real órden para que el gobernador Bellingham y algunos mas compareciesen en Inglaterra, á responder de

su desacato á la régia autoridad. Grande alarma produjo en la colonia aquella **1666.** intimacion, dando márgen á que se debatiese vivamente la cuestion de saber si habian de obedecerse ó no las órdenes del rey. La opinion de los que se inclinaban á la obediencia, sin ceder en realidad á lo que se exigia, fué la que prevaleció, y precisamente en aquellas circunstancias, tuvieron los colonos la oportunidad de mandar un acopio de provisiones para la flota de las Indias Occidentales, así como un donativo de mástiles para la armada inglesa, con lo que pudieron librarse del peligro que les amenazaba. Hubieron de suspenderse, sino abandonarse del todo, los proyectos que abrigaba el rey respecto á la libertad de las colonias, é intervinieron luego la peste y el incendio de Londres, los establecimientos de Nueva-Inglaterra continuaron gozando de sus antiguos derechos y privilegios durante muchos años.

Despues de trascurrido medio siglo desde el arribo de los europeos á Plymouth, suponíase que las colonias de Nueva-Inglaterra contaban con ciento veinte poblaciones, y sesenta ó setenta mil habitantes, y como nunca se exigió rigurosa obediencia á los decretos del Parlamento, habíase hecho su comercio muy estenso y lucrativo. Los hábitos de industria y economía que contrajeron los emigrantes en tiempos menos felices, los habian conservado, y esto proporcionaba lo necesario á los que nada poseian, y riquezas á los que tenian lo necesario. El desierto iba desapareciendo ante los afanosos labradores, y sus salvajes habitantes hallaban su caza dispersa, é invadidas sus guaridas predilectas; siendo todo ello consecuencia natural de las ventas de terrenos, que en todos tiempos hacian de buena gana á los blancos. Pero los indios no habian columbrado esta consecuencia:

cuando la vieron realizarse con todo su rigor, encendiéronse entre ellos las mas violentas pasiones, y solo anhelaron la venganza. Faltábales únicamente un caudillo que concentrase y dirigiese sus esfuerzos, y Philip de Pokanoket, *sachem* de los Wampanoags, tribu que habitaba los límites de Plymouth y Rhode-Island, pasó á ocupar este honroso cuanto arriesgado puesto. Su padre Massasoit fué amigo de los blancos; pero él los detestaba, y su enemistad, procedente de causas de interés nacional, fué enconándose mas y mas, hasta convertirse en un odio implacable, despues de la conducta que aquellos observaron con su hermano mayor. Acusado éste de conspirar contra los blancos, fué preso por un destacamento de soldados, y encarcelado luego: semejante proceder afectó de tal modo su altivez, que le ocasionó una violenta fiebre, la cual puso fin á su existencia. Philip habia heredado todo el imperio y orgullo de su hermano, y como era muy diestro en la intriga y en el arte de persuadir, logró seducir á los indios de todas las localidades de Nueva-Inglaterra para que unieran sus esfuerzos, con el fin de exterminar á los blancos, consiguiendo formar una confederacion capaz de poner sobre las armas tres ó cuatro mil guerreros.

No obstante su sagacidad y de las muchas precauciones que tomó para asegurar el éxito de su empresa, trabóse el combate mas pronto de lo que Philip deseaba. Un acto precipitado de venganza hizo que le desafiaran **1675.** los colonos, y no tuvo otra alternativa que rendirse á discrecion, ó persistir en su valiente empeño. Resuelto á probar la suerte de las armas, Philip saqueó todas las casas de las cercanías del Monte-Esperanza, donde él residia: poco despues atacó á Swanzezy, y mató gran número de sus habitantes. Esto sucedió á fines de junio de 1675.